Hay una imagen profundamente arraigada en la espiritualidad católica: María en el Cielo, coronada como Reina, pero al mismo tiempo inclinada maternalmente sobre sus hijos que todavía peregrinan en la tierra. No es una contradicción. Precisamente porque ha sido glorificada junto a Cristo, María ejerce con particular intensidad su misión maternal hacia la Iglesia.

La solemnidad de la Asunción no nos presenta a una Virgen distante, convertida en una figura del pasado. Nos muestra a la Madre de Dios plenamente viva en la gloria, unida a Cristo y participando, de manera subordinada y dependiente de Él, en su solicitud por los hombres.

Por eso, cuando la tradición católica habla de María como **Reina de los Cielos, Auxilio de los cristianos, Refugio de los pecadores y vencedora de las asechanzas del demonio**, no está hablando de una devoción sentimental desconectada de la teología. Está contemplando las consecuencias de su unión singular con Cristo.

La Asunción nos permite comprender precisamente esto: **María no abandona la batalla espiritual cuando entra en el Cielo; desde el Cielo continúa ejerciendo su maternidad espiritual sobre la Iglesia.**

1. ¿Qué significa realmente que María fue asunta al Cielo?

La Iglesia enseña como dogma de fe que la Santísima Virgen María, terminado el curso de su vida terrena, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria celestial.

El papa Pío XII definió solemnemente esta verdad el 1 de noviembre de 1950 mediante la constitución apostólica *Munificentissimus Deus*. La definición afirma que la Inmaculada Madre de Dios fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial. 😛

Conviene aclarar algo importante: **la Asunción no significa que María haya ascendido al Cielo por su propio poder**. Cristo asciende al Cielo por su propia virtud; María es elevada por el poder de Dios.

Esta distinción es fundamental.

Cristo es el Redentor.

María es la primera redimida de modo singular y la criatura que cooperó de manera única con la obra de la Redención.

Por eso Pío XII presenta a María como estrechamente unida a Cristo y como asociada, de manera subordinada, al triunfo de su Hijo sobre el pecado y la muerte. 😀

La Asunción es, por tanto, la culminación de una vida completamente orientada hacia Dios.

María vivió para Cristo.

María sufrió con Cristo.

María permaneció junto a Cristo al pie de la Cruz.

Y ahora participa de la gloria de Cristo.

La batalla termina en victoria.

2. María, la Nueva Eva en la lucha contra la serpiente

Para comprender el papel de María en la batalla espiritual hay que regresar al principio.

Después del pecado original, Dios pronuncia aquellas misteriosas palabras dirigidas a la serpiente:

> ***«Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella te aplastará la cabeza»*** *(cf. Gn 3,15).*

La tradición cristiana ha visto en este pasaje el llamado *Protoevangelio*, la primera promesa de la victoria sobre el pecado y sobre Satanás.

La Iglesia contempla a Cristo como el nuevo Adán y a María como la nueva Eva.

Eva estuvo asociada al comienzo de la caída mediante la desobediencia.

María está asociada al comienzo de la Redención mediante su obediencia.

Eva escucha a la serpiente.

María escucha al ángel.

Eva extiende la mano hacia el fruto.

María entrega su consentimiento a Dios.

Eva coopera en la entrada del pecado.

María coopera, por gracia de Dios y siempre subordinada a Cristo, en la entrada del Salvador en el mundo.

Por eso la espiritualidad tradicional ha contemplado a María como una enemiga irreconciliable de Satanás.

No porque posea una fuerza independiente de Dios, sino precisamente porque **su vida pertenece completamente a Dios**.

El demonio no puede soportar aquello que María representa: humildad, obediencia, pureza, fe, silencio, sacrificio y absoluta disponibilidad a la voluntad divina.

3. La grandeza de María está en su humildad

Hay algo paradójico en la realeza de María.

Ella es Reina porque fue sierva.

El mundo entiende el poder como dominio, imposición y autosuficiencia. El Evangelio lo entiende de otra manera.

María dice:

> ***«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»*** *(Lc 1,38).*

Y precisamente después de ese acto de humildad comienza su exaltación.

En el *Magnificat* proclama:

> ***«Porque ha mirado la humildad de su esclava; desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones»*** *(Lc 1,48).*

Aquí encontramos una de las claves de la batalla espiritual.

El demonio cayó por orgullo.

María vence mediante la humildad.

Satanás pretende sustituir a Dios.

María proclama: «Hágase en mí según tu palabra».

El enemigo busca autonomía absoluta.

María vive de la dependencia amorosa de Dios.

Por eso la devoción mariana auténtica jamás puede conducirnos a la autosuficiencia espiritual. Al contrario: cuanto más nos acercamos a María, más somos conducidos a Cristo.

4. La Asunción es la manifestación de una victoria ya comenzada

La Asunción no debe entenderse únicamente como un privilegio personal de María.

Es también una **señal escatológica para toda la Iglesia**.

María es la primera criatura humana que participa de manera plena, en cuerpo y alma, de la gloria celestial que espera a los fieles al final de los tiempos.

San Juan Pablo II explicó que el dogma de la Asunción significa que la glorificación corporal de María fue anticipada de manera singular, mientras que para los demás hombres la resurrección corporal tendrá lugar al final de los tiempos. 😉

Por eso María es una especie de icono viviente de nuestro destino.

Nos recuerda que el cristianismo no consiste en escapar del cuerpo, sino en esperar su

glorificación.

No fuimos creados para la corrupción.

No fuimos creados para el pecado.

No fuimos creados para la muerte.

Fuimos creados para Dios.

Y la Virgen Asunta nos muestra, anticipadamente, hacia dónde conduce la gracia cuando es recibida y correspondida con fidelidad.

5. Reina del Cielo porque es Madre del Rey

La realeza de María no es una metáfora vacía.

Cristo es Rey.

Y María es su Madre.

En la tradición bíblica de Israel existía una institución particularmente significativa: la *gebirah*, la madre del rey, que ocupaba un puesto de especial honor junto al monarca.

La tradición cristiana ha visto en esta realidad una figura de la dignidad singular de María.

Pero existe una diferencia esencial: María no reina independientemente de Cristo.

Reina porque Cristo es Rey.

Su autoridad es recibida.

Su poder de intercesión es participado.

Su maternidad espiritual procede de su unión con Cristo.

Su gloria refleja la gloria de su Hijo.

Esto protege la verdadera devoción mariana de dos errores opuestos.

El primero consiste en minimizar a María hasta hacerla prácticamente irrelevante.

El segundo consiste en colocarla al nivel de Dios.

La fe católica evita ambos extremos.

María no es Dios.

Pero tampoco es una criatura cualquiera.

Es la Madre de Dios según la humanidad de Cristo, la Inmaculada, la siempre Virgen, la nueva Eva y la Madre espiritual de los miembros de Cristo.

6. María y la batalla espiritual

La vida cristiana es una lucha.

San Pablo no presenta la existencia cristiana como una especie de paseo tranquilo hacia el Cielo.

Escribe:

> ***«Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que están en las regiones celestes»*** *(Ef 6,12).*

Esto continúa siendo extraordinariamente actual.

La batalla espiritual de nuestro tiempo no se desarrolla únicamente en escenarios extraordinarios.

Se desarrolla en la conciencia.

En las familias.

En los matrimonios.

En la educación de los hijos.

En la pureza.

En la fidelidad matrimonial.

En el uso de Internet.

En las redes sociales.

En la capacidad de permanecer en silencio.

En la perseverancia en la oración.

En la lucha contra la soberbia, la ira, la impureza, la envidia y la desesperanza.

Y precisamente aquí aparece María como modelo y auxilio.

Ella enseña a combatir de una manera radicalmente distinta a la lógica del mundo.

No vence gritando.

No vence mediante propaganda.

No vence mediante violencia.

Vence permaneciendo fiel.

7. ¿Qué nos enseñan los santos sobre María?

La espiritualidad de los santos ha insistido una y otra vez en el papel maternal de María en la vida cristiana.

San Luis María Grignion de Montfort desarrolló de manera especialmente profunda la idea de la unión espiritual con María como camino hacia una mayor configuración con Cristo. Para él, María no sustituye a Cristo: conduce a Él de la manera más segura precisamente porque su existencia está completamente orientada hacia su Hijo.

San Bernardo de Claraval, por su parte, popularizó en Occidente una confianza extraordinaria en la intercesión maternal de María, presentándola como aquella a quien el cristiano puede acudir en medio de las tempestades espirituales.

San Alfonso María de Ligorio dedicó una extensa reflexión a la intercesión de María y a su misericordia maternal hacia los pecadores.

En todos estos autores aparece un principio común:

María no compite con Cristo; María conduce a Cristo.

Y cuanto más auténtica es una devoción mariana, más profundamente sacramental, cristocéntrica y eclesial debe hacerse la vida del cristiano.

8. El Rosario: un arma espiritual profundamente cristocéntrica

Cuando se habla de la batalla espiritual, es inevitable mencionar el Santo Rosario.

Pero debemos evitar convertirlo en un objeto mágico.

El Rosario no funciona como un amuleto.

No es una fórmula automática.

No es una especie de mecanismo espiritual mediante el cual obligamos a Dios a concedernos algo.

Es una oración.

Y una oración profundamente cristocéntrica.

Mientras los labios repiten las oraciones, la mente y el corazón contemplan los misterios de Cristo con María.

La Anunciación.

La Visitación.

El Nacimiento.

La Pasión.

La Resurrección.

La Ascensión.

La venida del Espíritu Santo.

La Asunción.

La Coronación.

Por eso el Rosario es especialmente apropiado para la batalla espiritual: nos obliga a volver una y otra vez al Evangelio.

El demonio quiere dispersión.

El Rosario favorece recogimiento.

El demonio quiere que olvidemos a Dios.

El Rosario devuelve nuestra mente a Cristo.

El demonio quiere desesperación.

El Rosario nos recuerda que la historia termina en victoria.

9. María Asunta y la vida familiar

Quizá una de las aplicaciones pastorales más importantes de esta doctrina se encuentra en el hogar.

Una familia cristiana necesita recuperar una auténtica vida espiritual.

No basta con colocar una imagen de la Virgen en la casa.

Hay que vivir como hijos de María.

Eso significa recuperar prácticas sencillas:

- rezar diariamente, aunque sean pocos minutos;
- rezar el Rosario en familia cuando sea posible;
- bendecir los alimentos;
- acudir regularmente a los sacramentos;

- enseñar a los niños las oraciones tradicionales;
- conservar imágenes sagradas en el hogar;
- celebrar las fiestas litúrgicas;
- fomentar el silencio y la lectura espiritual;
- enseñar a los hijos a distinguir entre entretenimiento y formación;
- pedir diariamente la protección de la Santísima Virgen.

La familia necesita volver a ser una pequeña iglesia doméstica.

Y María puede ocupar en ella un lugar especial como Madre.

10. Auxilio de los cristianos, no sustituta de Cristo

Aquí debemos hacer una precisión teológica esencial.

Cuando llamamos a María **Auxilio de los Cristianos**, no estamos diciendo que Cristo sea insuficiente.

Cristo es el único Salvador.

Cristo es el único Mediador principal entre Dios y los hombres.

Todo cuanto María recibe procede de Cristo.

Pero precisamente Cristo quiso asociar a su Madre de manera singular a la obra de la salvación y hacer de ella Madre espiritual de los discípulos.

La intercesión de María es, por tanto, **participada y subordinada**.

Un ejemplo puede ayudar.

Cuando un niño pide a su madre que interceda ante su padre, el padre no deja de ser padre ni la madre se convierte en una autoridad independiente.

Existe una relación familiar.

De manera infinitamente superior, Cristo permite que su Madre participe maternalmente en la distribución de las gracias.

Por eso acudir a María es acudir a aquella que sabe perfectamente dónde conducirnos:

a Jesús.

11. La mujer vestida de sol

El capítulo 12 del Apocalipsis nos presenta una imagen extraordinaria:

> ***«Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza»*** *(Ap 12,1).*

La interpretación de esta imagen posee una riqueza enorme.

La Mujer representa a Sión, al Pueblo de Dios y, en la tradición católica, encuentra también una aplicación singular a María.

Pero inmediatamente aparece el dragón.

La mujer y el dragón.

La vida y la muerte.

La obediencia y la rebelión.

Cristo y Satanás.

La Iglesia y las fuerzas del mal.

Es una imagen extraordinariamente actual.

El mundo contemporáneo puede parecer, a veces, dominado por fuerzas que pretenden expulsar a Dios de la vida pública, de la familia, de la cultura y de la conciencia.

Pero el cristiano no puede olvidar el final de la historia.

El dragón no tiene la última palabra.

Cristo la tiene.

Y María, ya glorificada junto a Él, es signo anticipado de esa victoria.

12. María no nos promete una vida sin combate

Esta es quizá una de las verdades pastorales más importantes.

Acudir a María no significa que desaparecerán nuestras problemas.

María no prometió a los apóstoles una existencia sin persecución.

Ella misma atravesó el dolor.

Conoció la incomprensión.

Conoció la pobreza.

Conoció el exilio.

Conoció la espada anunciada por Simeón.

Y permaneció al pie de la Cruz.

Por eso su maternidad no es una maternidad sentimental que nos evita toda dificultad.

Es mucho más profunda.

María nos enseña a permanecer fieles dentro de la dificultad.

No siempre elimina la batalla.

Pero nos ayuda a combatirla.

No siempre evita la cruz.

Pero nos enseña a permanecer junto a Cristo en ella.

No siempre elimina la tentación.

Pero nos recuerda dónde está la victoria.

13. Cómo vivir hoy bajo el manto de María

La verdadera devoción mariana necesita traducirse en vida.

No sirve de mucho repetir «Virgen Santísima, ayúdame» mientras deliberadamente permanecemos aferrados al pecado.

Pedir protección a María significa también querer vivir como ella.

Por eso podemos establecer un pequeño programa espiritual:

Primero: oración.
Comenzar y terminar el día con Dios.

Segundo: sacramentos.
Confesión frecuente y participación fervorosa en la Santa Misa.

Tercero: Rosario.
No como superstición, sino como contemplación de Cristo con María.

Cuarto: pureza.
Especialmente necesaria en una cultura saturada de imágenes y estímulos.

Quinto: humildad.
Aprender de María a decir: «Hágase en mí según tu palabra».

Sexto: obediencia.
La verdadera devoción no puede separarse de la obediencia a Dios y de la enseñanza de la Iglesia.

Séptimo: caridad.
María visitó a Isabel. La auténtica espiritualidad mariana nos lleva a servir.

14. La Reina está en el Cielo, pero su corazón permanece con sus hijos

Uno de los aspectos más hermosos de la Asunción es precisamente este aparente misterio.

María está en el Cielo.

Pero no está ausente.

La gloria no la alejó de nosotros.

La hizo participar más plenamente de su misión maternal.

Benedicto XVI expresó esta idea con especial claridad al explicar que, después de su Asunción, María no se alejó de los hombres, sino que se hizo más cercana a ellos, y que desde el Cielo continúa siendo para nosotros Madre y hermana en las circunstancias concretas de la vida. 😀

Esto transforma completamente nuestra comprensión de la devoción mariana.

Cuando rezamos el *Salve Regina* y decimos:

«A ti clamamos los desterrados hijos de Eva»,

no estamos dirigiéndonos a una figura histórica desaparecida.

Estamos hablando con una Madre viva.

Cuando decimos:

«Ea, pues, Señora, abogada nuestra»,

estamos reconociendo su intercesión maternal.

Y cuando decimos:

«Muéstranos a Jesús»,

estamos expresando el verdadero centro de toda devoción mariana.

15. Una Reina para tiempos de combate

Vivimos tiempos de confusión.

Muchos hombres y mujeres han perdido el sentido del pecado.

Otros han perdido incluso la conciencia de Dios.

La familia sufre profundas heridas.

La pureza es ridiculizada.

La verdad es relativizada.

La fe es presentada como una opción privada sin consecuencias públicas.

Y, en medio de todo esto, el cristiano puede experimentar miedo.

Pero María Asunta nos recuerda algo fundamental:

la historia no pertenece al demonio.

Pertenece a Cristo.

La Iglesia no camina hacia la derrota.

Camina hacia la victoria final de Cristo.

Y María, ya glorificada en cuerpo y alma, es una señal anticipada de esa victoria.

Por eso la Iglesia puede mirar a la Virgen y decir:

Regina Caeli, ora pro nobis.

Reina del Cielo, ruega por nosotros.

No porque María sea nuestra salvadora.

Sino porque es la Madre del Salvador.

No porque sustituya a Cristo.

Sino porque nos lleva a Él.

No porque posea un poder autónomo.

Sino porque Dios quiso glorificarla y asociarla maternalmente a la vida de la Iglesia.

Conclusión: bajo el estandarte de la Reina

La Asunción de María no es una doctrina ornamental.

Es una verdad profundamente esperanzadora.

Nos dice que la gracia vence al pecado.

Que la vida vence a la muerte.

Que la humildad vence al orgullo.

Que la obediencia vence a la rebelión.

Que la pureza puede mantenerse en medio de una cultura impura.

Que la fidelidad tiene sentido.

Que el cuerpo humano está destinado a la gloria.

Y, sobre todo, que **Cristo ha vencido**.

María ya contempla corporalmente aquello que nosotros esperamos alcanzar al final de nuestra peregrinación.

Por eso la Iglesia contempla a la Virgen Asunta como Reina.

Y por eso puede invocarla como Auxilio.

Cuando llegue la tentación, acudamos a María.

Cuando aparezca el desaliento, acudamos a María.

Cuando nuestra familia atraviese dificultades, acudamos a María.

Cuando el mundo parezca oscurecerse, acudamos a María.

Pero hagámoslo siempre con una certeza: **María no quiere que nos quedemos en ella. Quiere llevarnos a su Hijo.**

Su última palabra en el Evangelio sigue siendo un programa perfecto para toda la vida

cristiana:

> ***«Haced lo que Él os diga»*** *(Jn 2,5).*

Ese es el secreto de su victoria.

Ese es el secreto de su realeza.

Ese es el secreto de su maternidad.

Y ese es también el camino de nuestra propia victoria espiritual.

Reina de los Cielos, ruega por nosotros.

Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.

Refugio de los pecadores, ruega por nosotros.

Reina gloriosa, Asunta en cuerpo y alma al Cielo, enséñanos a combatir el buen combate, a perseverar en la gracia y a permanecer fieles a Cristo hasta el último día. Amén.